

NEW LEFT REVIEW 143

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2023

ARTÍCULO

PERRY ANDERSON	¿Derecho internacional?	7
CAITLÍN DOHERTY	Topografías del capital	35

DEBATE

ALYSSA BATISTTONI Y GEOFF MANN	<i>Bidenomics</i> climática	61
-----------------------------------	-----------------------------	----

ARTÍCULO

JOHANNES HOERNING	Pensar lo impensable	89
NIC JOHNSON	Tiempos de interés	121

CRÍTICA

DYLAN RILEY	Sermones para príncipes	161
CHRISTOPH SCHURINGA	El sistema de Schelling	176

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Martin Wolf, *The Crisis of Democratic Capitalism*, Londres, Allen Lane, 2023, 496 pp.

DYLAN RILEY

SERMONES PARA PRÍNCIPES

Si el capitalismo democrático está en crisis, parecería que Martin Wolf, principal comentarista de economía del *Financial Times*, está bien situado para examinar las razones de la misma. Wolf es un escritor extraordinariamente bien conectado e informado, «el periodista financiero más sobresaliente del mundo», como afirmaría el irónico cumplido de Lawrence Summers. Hay dos características que le diferencian de sus colegas estadounidenses. La primera es que sus columnas tiene un calibre intelectual muy superior a las de, por ejemplo, Paul Krugman. La segunda es que, en Estados Unidos se esperaría que un economista de su nivel también ocupara una cátedra en alguna de las universidades de la Ivy League y pasara por diversos puestos del complejo Departamento del Tesoro-Reserva Federal. Eso no sucede en el sistema de Westminster. Aunque financieros y banqueros centrales se cuentan entre sus amigos íntimos e interlocutores, habitualmente nombrados en el apartado de agradecimientos de sus libros –Mervyn King, Ben Bernanke, Olivier Blanchard, Raghuram Rajan, Andy Haldane, Jeffrey Sachs, George Soros–, en *The Crisis of Democratic Capitalism* Wolf se declara orgulloso de ser un simple servidor del cuarto poder, entregado a la defensa de los principios de la libertad y la democracia, los valores de la Ilustración y la primacía de la verdad.

La formación de Wolf se centró en la economía del desarrollo, especializándose en comercio internacional. Wolf ha descrito su formación en los prefacios de varias de sus obras. Nació en Londres en 1946, hijo de refugiados judíos que huían de la Europa nazi. Su padre, Edmund Wolf, había nacido

en Galitzia y empezó su carrera como dramaturgo en Viena; socialdemócrata con firmes ideas anticomunistas, huyó a Inglaterra en 1937 y trabajó como escritor y locutor de radio, llegando a ser una figura destacada del servicio en alemán de la BBC y colaborador de *Die Zeit*. La madre de Wolf era hija de un judío holandés comerciante de pescado, que escapó con su familia por el Mar del Norte en mayo de 1940 justo antes de la invasión nazi. Wolf asistió a la UCS, una escuela independiente para niños en Hampstead, y en 1965 marchó a Oxford para estudiar Filología Clásica en el Corpus Christi College, optando posteriormente por los estudios de Filosofía, Política y Economía. Wolf ha dicho repetidas veces que asumió como propios los valores de sus padres y que nunca sintió la más ligera inclinación por rebelarse. En Oxford se convirtió en miembro del ala derecha del Labour Club, vacunado por las opiniones de su padre contra el «izquierdismo infantil» que encontró allí. Como explicaba en el prefacio de *Why Globalization Works* (2004), en aquél momento ya sabía que «todas las variedades del marxismo eran tanto perversas como estúpidas», y sus ideas «casi tan demenciales como las de los nazis». En su opinión, conservadores moderados, liberales y socialdemócratas coincidían en todas las grandes batallas contra «los fanáticos religiosos, los oscurantistas, los ecologistas radicales, los fascistas, los marxistas y, por supuesto, los antiglobalizadores contemporáneos».

Política e intelectualmente, el punto de inflexión de Wolf parece haber sido el master en economía que realizó en Nuffield, que le llevó al círculo formado alrededor de la economía del desarrollo de Ian Little, un temprano e influente defensor de la liberalización del comercio. Little, bien conocido en los círculos del Banco Mundial y la OCDE y especialmente interesado por la India, estaba lanzando en esos momentos, con un gran brío intelectual, un asalto sostenido contra la prevaleciente ortodoxia de la economía del desarrollo de corte «estructuralista». Esta experiencia consolidó la conversión de Wolf de la socialdemocracia al «liberalismo clásico», mientras que el rechazo de la Sociedad Fabiana de su opúsculo, en el que atacaba los controles municipales sobre la vivienda y los alquileres, rompieron sus vínculos con el Partido Laborista. En 1971 Wolf se incorporó al Banco Mundial y como joven guerrero defensor de la causa de los mercados abiertos, fue destinado en primer lugar a la sección de África del Este y después a la India, donde fraguó amistades duraderas y publicó un libro sobre la falta de exportaciones del país. Sin embargo a finales de la década había decidido que la política de préstamos del Banco Mundial con Robert McNamara era irremediablemente defectuosa, dado que se trataba de una visión estalinista del desarrollo, como señalaría posteriormente en *Why Globalization Works*. De ahí Wolf pasó a un *think tank* londinense, el Trade Policy Research Centre, donde como director de estudios gozó de la libertad necesaria para promover la agenda neoliberal. A continuación, tras publicar varios artículos concisos

en el *Financial Times*, en 1987 se incorporó al periódico como editorialista de economía, convirtiéndose nueve años después en el responsable de esa área.

Cuando se unió al periódico, el *Financial Times* era intelectualmente más consistente de lo que lo es ahora, incluyendo en sus páginas críticas de arte elaboradas y mostrando un arrogante desprecio por el ostentoso consumo de lujo que ahora atiborra sus páginas. El análisis económico estaba dominado por la enorme figura de Samuel Brittan, durante diez años jefe de Wolf y florido estilista fervientemente partidario del libre mercado. En comparación, los artículos de Wolf eran tecnocráticos y cargados de datos, casi fabianos, pero gracias a ello transmitían autoridad. Bajo la dirección de su última editora, Roula Khalaf, la impresionante diversidad de géneros y tonos de piel existente entre los redactores del *Financial Times* ha ido a la par con la férrea conformidad de sus perspectivas. Khalaf ha purgado a los intelectuales inconformistas que una vez animaron sus páginas de opinión; las voces críticas, notablemente la del caustico Wolfgang Münchau, han sido silenciadas y los antaño jóvenes acerados –Janan Ganesh, o en su momento Gideon Rachman– invierten ahora la mayor parte de sus artículos en la loa de las virtudes de Occidente. Pero si el *Financial Times* ha perdido su norte, no puede decirse lo mismo de Wolf.

Su último libro amplía y profundiza una trayectoria que ya venía señalada por sus obras precedentes. *Why Globalization Works* puede haber declarado con audacia que el problema no era una globalización excesiva sino escasa, pero el arco de los pronósticos de Wolf apunta hacia abajo desde entonces. *Fixing Global Finance*, redactado en 2006 aunque publicado en 2009, señalaba que las crisis financieras producidas por la globalización eran «aterradoramente caras» en términos de las vidas destrozadas por las mismas, aunque Wolf no llegó a prever el inminente colapso de 2008. Reconociendo este hecho en su siguiente libro, *The Shifts and the Shocks* (2014), lamentaba que «el capitalismo propulsado por el sector financiero, surgido de la contrarrevolución orientada hacia el mercado, había resultado excesivo como para ser bueno»; la liberalización había creado un monstruo, un sector financiero capaz de devorar su economía. Ahora, con *The Crisis of Democratic Capitalism*, Wolf señala que está regresando al fabianismo de su juventud. Sostiene que los últimos cuarenta años han reivindicado la afirmación de Polanyi de que los seres humanos no tolerarían por mucho tiempo un auténtico sistema de libre mercado, al tiempo que sostiene que de nuevo las preocupaciones de Keynes vuelven a ser las nuestras.

A este respecto Wolf se une a un creciente coro de voces. El neoliberalismo ha desembocado en una creciente desigualdad de ingresos, en inestabilidad macroeconómica y en una baja inversión. La economía ha estado en la unidad de cuidados intensivos y la tendencia política predominante ha sufrido contratiempos electorales en serie. Este terreno ha estado

bien transitado por escritores neoliberales arrepentidos, entre ellos DeLong y Summers, a los que se unieron desde el centroizquierda Tooze y Piketty y desde la derecha Lind y Zingales, por no mencionar a escritores más radicales como Streeck, Durand y Brenner. ¿Qué aporta *The Crisis of Democratic Capitalism* a este campo tan abarrotado?

El diagnóstico de Wolf es apodíctico. Las «elites dominantes» han quedado desacreditadas por las calamidades económicas generadas por la liberalización financiera y luego agravadas por sus propios fiascos morales e intelectuales. La América de Trump y la Gran Bretaña del Brexit han arruinado a la democracia liberal en sus respectivos feudos. El ascenso de China ha sacudido la confianza en Occidente y la confianza *de* Occidente. El equilibrio entre la política y la economía se ha roto y Wolf señala que «ya no somos capaces de combinar el funcionamiento de la economía de mercado con una democracia liberal estable». Occidente debe encontrar un nuevo equilibrio entre las dos, ya que dependen la una de la otra. ¿A qué se debe esto? Wolf se plantea el desafío de explicar su cambiante relación. *The Crisis of Democratic Capitalism* comienza estableciendo un somero contexto histórico y teórico. Sin embargo, aquí la teoría no implica tomar en consideración las sistematizaciones del problema que han realizado otros intelectuales, sino que se reduce a una fábula metafórica hilada por el propio Wolf en la que lo económico y lo político son antropomorfizados como «gemelos simbióticos»: la economía, al producir los medios para la subsistencia humana, proporciona la base principal para la cooperación social; la política facilita el marco en cuyo seno funciona la cooperación. Durante los largos milenios en los que proliferaban las bandas de cazadores-recolectores, la cooperación estaba estructurada a través de las relaciones familiares; bajo los antiguos imperios agrarios, a través de la jerarquía y la coerción.

Con la aparición de economías plenamente monetizadas, sin embargo, los mercados hicieron posible la reducción de la autosuficiencia de los hogares, potenciando de ese modo la especialización y creando una demanda mercantil cada vez mayor. A su vez, la expansión del mercado hizo que el trabajo forzado —la servidumbre y la esclavitud— se volviera cada vez más redundante. Esta economía, que recompensaba las nuevas ideas comerciales, produjo una transformación que trajo aparejada prosperidad. Durante los dos siglos pasados, la competencia descentralizada y el consenso político se han vuelto la norma, iniciando el «difícil matrimonio» del capitalismo y la democracia. El análisis teórico de Wolf proporciona cinco razones para explicarlo. En primer lugar, la ideología: ambos comparten los mismos valores fundamentales, la libertad individual y la igualdad de estatus. En segundo lugar, las aspiraciones de una clase media que demandaba una voz propia en la vida política y social, mientras en Estados Unidos los diversos estados comenzaban a abandonar los requerimientos de propiedad exigidos

para ejercer el derecho al voto y el sufragio censitario empezaba a aparecer «ridículo». En tercer lugar, la «clase obrera organizada», producida por el capitalismo, presionó por la expansión de la democracia. En cuarto lugar, el propio interés de las elites: las movilizaciones nacionales necesarias para librar guerras organizadas con criterios industriales aceleraron el cambio en pro de la introducción del sufragio universal, especialmente en un país como Gran Bretaña donde un poderoso Partido Conservador podía representar las necesidades de los propietarios en condiciones democráticas. Por último, la influencia de las grandes potencias: los Estados dominantes de los siglos XIX y XX, Gran Bretaña y Estados Unidos, eran ambos «sociedades liberales», que podían imponer su paradigma en todas partes, incluyendo la ocupación militar de Alemania y Japón en 1945, aunque lamentablemente no sobre la Rusia postsoviética. Sin embargo el matrimonio –o la «fusión»– que dio lugar al capitalismo democrático ha sido frágil. Un gobierno elegido puede tratar de apoderarse de la economía, lo que lleva al socialismo, la ruta hacia el desastre, o, por el contrario, aquellos que controlan la economía pueden apoderarse del Estado, lo que conduce a la plutocracia. Así, la democracia necesita protegerse del capitalismo y el capitalismo protegerse de la democracia mediante una barrera de instituciones, leyes y normas.

La exposición histórica de Wolf ofrece un cambio de perspectiva, señalando que el capitalismo democrático es una evolución relativamente reciente, que en su opinión comienza alrededor de 1870, pasando después a catalogar los avances y retrocesos de la democracia. En 1900, únicamente doce Estados podían considerarse democráticos, aunque carecieran de sufragio universal; su número creció hasta veinticuatro en 1922, cayó a nueve en 1940, volvió a subir a dieciocho en 1946, pasando a cuarenta y ocho en 1989, tras el derrocamiento de las dictaduras en América Latina, y a noventa y siete en 2016, con la democratización de gran parte del antiguo bloque soviético, del sudeste de Asia y de África. Sin embargo, los últimos treinta años también han visto una «recesión democrática», recogida por la organización con sede en Washington Freedom House y por sociólogos como Larry Diamond de la Universidad de Stanford. En las democracias establecidas, la participación electoral, la fidelidad a los partidos y la confianza en el Parlamento comenzó a decaer, afectando especialmente a los grupos más jóvenes, mientras que las no-democracias pasaron a ser cada vez más autoritarias. La culminación de esta tendencia fue la elección de Trump, cuya «hostilidad hacia los aliados democráticos y hacia las normas democráticas» y su «desprecio por el orden económico global liberal» constituye para Wolf un elemento potencialmente transformador.

The Crisis of Democratic Capitalism propone una correlación aproximada de los altibajos de la democracia con los ciclos de *laissez faire* económico versus la intervención del Estado, así como con la globalización versus el

proteccionismo. Wolf señala que incluso antes de que el sufragio universal se hubiera implantado, el auge de los grupos económicos de responsabilidad limitada había producido gigantes empresariales y financieros. Sin embargo, los Estados también se volvieron más poderosos como actores económicos y en las economías avanzadas el gasto público como porcentaje del PIB se multiplicó por cuatro entre 1914 y 1980. De acuerdo con su exposición, el giro estatalista iniciado por las economías de guerra de 1914-1918 se consolidó gracias a la desconfianza en la autorregulación capitalista después de la Gran Depresión de 1929. El consenso keynesiano mantenido hasta la década de 1970, cuando el intervencionismo quedó desacreditado por la elevada inflación y el creciente desempleo, combinados con la escasa rentabilidad, el lento crecimiento de la productividad y el pobre comportamiento de las industrias nacionalizadas. Con la contrarrevolución impulsada por Reagan y Thatcher se verificó la vuelta parcial al *laissez faire* implementado mediante la desregulación de las finanzas, los recortes impositivos y las privatizaciones, aunque el gasto público siguió siendo elevado. A su vez, este nuevo régimen empezó a venirse abajo con lo que Wolf justamente llama la crisis financiera trasatlántica de 2007-2012, que exigió rescates organizados por el Estado, la introducción de nuevas regulaciones y una política económica superexpansiva, puesta a prueba por primera vez por Japón; a finales de la década, el «Estado activo» estaba de vuelta.

Las rondas de globalización y de restricción de esa globalización que señala Wolf se ajustan aproximadamente a estos ciclos. La primera globalización de 1870-1914, contemporánea del advenimiento del capitalismo democrático y de las ampliaciones parciales del sufragio, supuso la exportación de bienes manufacturados desde las metrópolis imperiales y de materias primas desde las colonias y semicolonias, ayudadas por inversiones a gran escala realizadas en los territorios de ultramar; en 1914 los activos en manos extranjeras —principalmente *holdings* europeos y estadounidenses presentes en el sector minero y en los ferrocarriles del Sur global— alcanzaban el 19 por 100 de la producción mundial. En las principales economías, los beneficios del imperialismo apuntalaron un ascenso relativo de los salarios industriales y de la protección de la clase trabajadora. La era de la macroeconomía protagonizada por el Estado y el desigual retroceso de la democracia estuvo acompañada de aranceles y controles de capital. La composición de la segunda era de globalización acaecida entre 1980 y 2012 fue bastante diferente a la primera: la producción industrial fue «desagregada» en cadenas de producción que se propagaron por todo el mundo para aprovechar la existencia de mano de obra barata, coordinada por un puñado de megacorporaciones estadounidenses y gigantes del comercio al por menor, que ya no compartían un común interés nacional con las clases trabajadoras de sus respectivos países, las cuales se vieron golpeadas con más fuerza y más

permanentemente de lo que se esperaba por la caída de los empleos industriales y el declive de los sindicatos. La dirección de las inversiones también se invirtió, yendo ahora desde los países más pobres, especialmente China, hacia los activos financieros emitidos en el Occidente rico, resolviendo temporalmente el problema de una demanda estructuralmente deficiente con la explosión de los préstamos apalancados que colapsó en 2007-2012.

The Crisis of Democratic Capitalism no sugiere un vínculo causal directo entre la desglobalización y la actual «recesión democrática», aunque Wolf sostiene que la liberalización del mercado señala por lo general una era de optimismo que hace que la política sea menos conflictiva, mientras que el retraimiento coincide normalmente con periodos de tensión, miedo e ira. Por el contrario, extrae la lección de que no hay que culpar a la propia globalización de los problemas de la democracia. Si las causas subyacentes de la crisis de 2007-2012 fueron «los cambios enormes (e insuficientemente entendidos) acontecidos en la economía mundial», es preciso indicar que estos se transmitieron a través de «un sistema financiero extremadamente subcapitalizado y subregulado» y que sus consecuencias podrían haberse gestionado de manera diferente. El impacto regionalmente concentrado de la «conmoción china» sobre el sector industrial estadounidense –dos millones de empleos perdidos con un mínimo apoyo social– hizo que fuera especialmente grave; pero esto era solamente un aspecto de un proceso más amplio de desaceleración: débil crecimiento de los ingresos, baja movilidad social y creciente endeudamiento de los hogares de perceptores de salarios medios y bajos, agravado por una creciente desigualdad impulsada principalmente por las enormes ganancias concentradas en los escalones más elevados de la pirámide de la distribución, el declive de los índices de participación de los varones en la fuerza de trabajo y la mayor pérdida de empleos de calidad. Este «vacío de las clases medias» –«el elemento medio» que Aristóteles consideraba el fundamento de un Estado fuerte y bien dirigido– explica la erosión de la confianza pública en las instituciones democráticas.

Cambiando de perspectiva una vez más, Wolf echa la culpa de este malestar económico no a la propia liberalización de 1980, sino a las formas institucionales domésticas que adoptó. La raíz de la corrupción radicaba en la agenda friedmanita del valor del accionista, que indujo un profundo cambio en los objetivos de las empresas: al distorsionar los incentivos en pro del apalancamiento y del cortoplacismo fomentó que los inversores actuaran como sujetos en busca de rentas, que desmantelaban y liquidaban los activos e impulsaban la concentración y la financiarización, lo cual propició finalmente la emergencia de un capitalismo rentista globalizado. Este capítulo central, «Rise of Rentier Capitalism», es el eje analítico del libro de Wolf. Ofrece una explicación de los acontecimientos documentados desde 1980, por encima de todo, de «la tendencia de los poderosos a manipular

los sistemas políticos y económicos en contra del resto de la sociedad». El sector financiero en auge se convirtió en «un vehículo para la extracción de rentas» en vez de en un instrumento para mejorar la producción, generando más del 20 por 100 de los beneficios empresariales totales, especialmente mediante su endeudamiento exponencial para protegerse de la volatilidad que él mismo había avivado; en el primer trimestre de 2021, el valor bruto de mercado de los derivados superaba los 12 billones de dólares. La concentración y los mercados en los que el ganador se lo lleva todo permitieron que las empresas de mayor éxito dominaran enormes áreas del globo y generaran masivas rentas monopolistas. En términos sociogeográficos, ello produjo un discreto número de florecientes conglomerados metropolitanos y miles de ciudades de provincia en declive. El poder monopsónico de las empresas en los mercados de trabajo y la «indebida» protección de la propiedad intelectual garantizaron el debilitamiento de la competencia. Las grandes empresas se han vuelto especialistas en explotar las correspondientes lagunas legales para proceder a la evasión fiscal, al mismo tiempo que se benefician de la provisión del Estado de bienes públicos y de la externalización de los costes, incluyendo los que recaen sobre los trabajadores.

La esperanza de que los procesos democráticos pudieran regular a las empresas para contrarrestar estos procesos «supone un proceso político neutro en el que unas asambleas legislativas bien intencionadas responden a las elecciones de unos votantes bien informados», señala Wolf. «Nada más lejos de la realidad». Para las grandes empresas resulta demasiado fácil comprar la protección política y reguladora que deseen; los congresistas, señala Wolf, pasan treinta horas a la semana recaudando dinero. El sector financiero se ha vuelto cada vez más dependiente del respaldo político: «El hecho de que los beneficios hayan seguido siendo tan elevados después de la crisis se debe en gran parte al inmenso apoyo proporcionado por las autoridades, especialmente debido al mantenimiento de los tipos de interés próximos a cero durante gran parte del periodo y a los todavía gigantescos balances de situación de las instituciones financieras». En vez de ser ejemplos de «deber, equidad, responsabilidad y decencia», la erosión de los estándares morales de la elite es tal que ahora estos banqueros se ven a sí mismos implicados en un juego de estatus. La magnitud de la extracción y mala distribución de las rentas –mucho mayor de lo que podía haberse imaginado en 1980– ha dejado a una gran parte de la población «confusa, frustrada e indignada».

Todo esto desencadenó una peligrosa reacción populista. Pero ahora los capitalismos democráticos occidentales también se ven amenazados externamente por otras dos variantes de capitalismo: «el capitalismo demagógico autoritario», del tipo surgido en Turquía, Filipinas, Polonia, Rusia y Hungría y hacia el cual podrían converger aquellos, y el «capitalismo burocrático autoritario», del tipo surgido en China y Vietnam, que podría derrotarlos.

En este contexto, Wolf lamenta ahora el debilitamiento que sufrieron los sindicatos y la pérdida de consistencia de los partidos tradicionales en la década de 1980. Wolf comparte la afirmación de Martin Baxter de que la política contemporánea ha pasado de ser una lucha unidimensional librada sobre temas económicos –contraponiendo a un centroderecha, respaldado por las empresas, la clase media profesional y los autoempleados, con un centroizquierda, basado en la clase trabajadora industrial– a ser una lucha en tres dimensiones en la que el conflicto se produce en las dimensiones económica, social y nacional. Wolf sostiene que esto hace que la política se base más en la identidad, con una «izquierda brahmán», como la denomina Piketty, que ahora se opone a una «derecha comerciante» con un remanente atomizado de la clase obrera.

Por todo ello, la tarea es salvar tanto a la democracia liberal como al capitalismo global. Aquí, el modelo de Wolf es Karl Popper y su concepto de «ingeniería fragmentada». Esta tarea requiere «conocimientos», pero también es importante el «compromiso público» necesario tanto para ayudar a formular los objetivos como para obtener el consentimiento de las masas para sacarlos adelante. Renovar el capitalismo requiere, en primer lugar, elevar los niveles de vida, lo que a su vez precisa de un sustancial nivel de «inversión de alta calidad» que sea estimulada por una redistribución de los ingresos, tipos negativos para retribuir los depósitos y préstamos que actúen como incentivos para la inversión privada; transferencias monetarias directas desde los bancos centrales hacia el gobierno y una combinación de «exenciones fiscales y mayor gasto, especialmente en la inversión pública». Una serie de bancos de inversión, locales y nacionales, podrían contribuir a proporcionar empleos de calidad («para aquellos preparados para trabajar»). Una mejora de la educación –y «oportunidades especiales para niños excepcionales»– ayudará a fomentar la igualdad de oportunidades. Wolf sugiere que el Estado del bienestar debería completarse para proporcionar sanidad, seguros para la vejez y de accidentes, pero «no debería fomentar la ociosidad o la irresponsabilidad». Finalmente, la reversión de la revolución del valor del accionista, el control de las retribuciones de los ejecutivos, la aplicación de políticas antimonopolios y la regulación de los algoritmos en el sector de la tecnología contribuirán también a poner fin a los «privilegios especiales para unos pocos».

Wolf también avala la reforma constitucional. Las asambleas legislativas bicamerales deberían ser reemplazadas por otras tricamerales: la Cámara de Representantes elegida por sufragio daría lugar al gobierno y pondría en marcha el proceso legislativo de acuerdo con el modelo de la Cámara de los Comunes; la Cámara del Mérito, constituida por designación y formada por «gentes con logros excepcionales cosechados en una amplia variedad de actividades cívicas», podría ralentizar y enmendar la representación, a modo de una especie

de Cámara de los Lores reformada. La tercera, la Cámara del Pueblo, cuyos miembros serían elegidos por sorteo, podría «ralentizar el proceso legislativo» y «examinar cuestiones controvertidas», pero por lo demás no tendría ningún poder. La democracia no puede funcionar sin sólidas salvaguardias de las que las más importantes no son las palabras de una Constitución, que pueden politizarse y subvertirse, sino «los corazones y las mentes de la gente, especialmente de las elites». El libro finaliza con un llamamiento a estas últimas:

Los miembros de una elite operativa, que incluye a la elite empresarial, necesitan sabiduría así como conocimiento. Por encima de todo, necesitan sentirse responsables del bienestar de su república y de sus habitantes. Realmente, para que haya ciudadanos, los miembros de la elite deben ser ejemplares. No es difícil: en vez de mentiras, honestidad; en vez de avaricia, moderación; en vez de miedo y odio, llamamientos a lo que Abraham Lincoln llamó «los mejores ángeles de nuestra naturaleza».

¿Qué hacer con todo esto? En primer lugar es importante entender que *The Crisis of Democratic Capitalism* es un texto pedagógico: una especie de espejo para príncipes presentado a las «elites», un «nosotros» que constantemente se cita pero que nunca se especifica. Wolf reúne una considerable cantidad de evidencias para avergonzar a este pronombre colectivo y para que rectifique su mal comportamiento abrazando la «sensatez». Así el sistema monetario internacional debe abordar los flujos de capital transfronterizos «de una manera razonablemente segura»; «lo que se necesita es un completo sistema de protección social que sea razonable»; «el motivo por el que gente de inconmensurable riqueza se esfuerza tanto para no pagar impuestos resulta incomprensible para cualquier persona razonable»; «resulta razonable dudar de la conveniencia de la existencia de deducciones fiscales en el impuesto de donaciones»; «no hay ninguna razón evidente por la que todas estas rentas deban acumularse en manos de accionistas y altos ejecutivos». Wolf nunca dice en qué puede consistir un nivel de seguridad «razonable», un grado «razonable» de protección social, un «razonable» entendimiento de la evasión fiscal o de la deducibilidad de las donaciones o un grado «razonable» de extracción de rentas. Sin embargo, queda claro que en este contexto, «razón» se refiere a algo diferente y más espeso que lo que puede considerarse simplemente «racional». Aquí el estándar es más burkeano, algo así como un consenso preexistente, autoevidente, pero no articulado. (Este imperativo pedagógico ayuda a explicar el puzle de la forzada metáfora de Wolf del matrimonio de los gemelos simbióticos, complicado en su exposición histórica por el hecho de que uno de los gemelos da vida al otro. ¿Por qué un intelectual tan capacitado se complace en semejante confusión intelectual? El misterio se resuelve cuando pensamos en él como un personaje que da un discurso en los postres de un buen banquete para ejecutivos de fondos de inversión).

Teniendo en mente esta audiencia ideal, volvamos al desafío analítico del libro. Su ambición, consistente en relacionar el marchitamiento de la política democrática en el mundo desarrollado con el desarrollo desequilibrado del capitalismo, protege a Wolf contra las débiles explicaciones culturalistas basadas en el presunto racismo o xenofobia de buena parte de la población. Como Wolf subraya con acierto, la dificultad básica de las explicaciones fundamentalmente culturales es que fracasan en responder a la pregunta evidente: ¿por qué ahora? Sin embargo, ¿explica mejor el análisis de Wolf lo que está sucediendo? Podemos empezar preguntándonos cómo entiende él sus términos clave, capitalismo y democracia. El primero aparece enunciado mediante una serie de conceptos: «capitalismo», «capitalismo de mercado», «capitalismo democrático», «capitalismo depredador», «capitalismo competitivo» y «capitalismo rentista», así como por los mencionados de «capitalismo demagógico autoritario» y «capitalismo burocrático autoritario». En primer lugar, indiquemos que para Wolf el capitalismo es «una economía en la que los mercados, la competencia, la iniciativa económica privada y la propiedad privada desempeñan papeles fundamentales». Resulta sorprendente lo genérico e inviable que ello resulta como herramienta para identificar cualquier forma económica específica. Desde luego, la competencia, las iniciativas económicas privadas y los mercados desempeñaron «papeles fundamentales» tanto en la Antigüedad clásica como en el mundo medieval, sin que ello llevara a nada parecido al crecimiento económico. En particular, la propia expansión del mercado no ha conducido en ninguna parte a que el «trabajo forzado» se volviera «cada vez más redundante». Basta con recordar cómo la entrada de la Rusia zarista, la Alemania del este del Elba y el sur algodnero de Estados Unidos en los mercados de la agricultura global reforzaron duros regímenes laborales en cada uno de los tres países. Como señalaba Maurice Dobb, un concepto de capitalismo construido como un sistema primordialmente *comercial* resulta demasiado laxo para imputar el término a una u otra época de la historia económica. Con toda lógica, habida cuenta de la vaguedad conceptual del modelo implícitamente comercial de Wolf, su intento de periodizar el capitalismo y crear subvariedades en su seno resulta opaco.

Esto es especialmente cierto respecto a la noción clave de «capitalismo rentista», que en ningún momento queda explícitamente conceptualizado. En vez de ello, Wolf ofrece etiquetas descriptivas del tipo de «la tendencia de los poderosos a manipular tanto el sistema político como el sistema económico en contra del resto de la sociedad», «la explotación del mercado y del poder político para alcanzar beneficios por encima del precio de mercado», «capitalismo amañado» o simplemente «plutocracia». De nuevo el problema es que todo eso podría aplicarse prácticamente a cualquier fase de cualquier sociedad capitalista y a muchas precapitalistas. ¿Hay algún orden

social donde los poderosos no tiendan a «amañar» los sistemas políticos y económicos? ¿Hay algún lugar donde los capitalistas no hayan explotado «el mercado y el poder político»? ¿Qué es un capitalismo «no amañado» en oposición a otro «amañado»? ¿Cómo define la «plutocracia» una fase del capitalismo, o incluso cualquier forma específica de sociedad de clases? Wolf no precisa ni avanza en el análisis de la nueva economía. La financiarización es un fenómeno relativamente nuevo, aunque Wolf no explica de dónde procede. Pero las restantes características que Wolf atribuye al capitalismo rentista –concentración, monopsonio, desarrollo desigual, evasión fiscal, externalización de costes y una general «erosión de los estándares éticos»– son completamente inespecíficos. Aunque Wolf afirma que «el beneficio no constituye un buen objetivo motivador para las organizaciones», la orientación hacia el beneficio ha sido sin duda una característica definitoria de las empresas capitalistas desde sus inicios. La agenda del valor del accionista parece identificar un cambio histórico más específico, pero fue defendida en su momento como un regreso a los orígenes. El impulso para internalizar las ganancias mientras se externalizan los costes describe igualmente un *modus operandi* genuinamente capitalista.

Esta falta de especificidad de las características que Wolf atribuye al capitalismo rentista se vuelve decisiva cuando se trata de explicar la desaceleración del propio crecimiento, que para Wolf es una clave de la crisis de la democracia (y correctamente se encuentra en el centro de cualquier explicación). Hay que admitir que Wolf reconoce absolutamente el problema. Manifiesta que «hay pocas señales del tipo de innovaciones que generarían una explosión de empleos para los trabajadores menos cualificados retribuidos con salarios elevados en empresas que compartan beneficios». Pero, ¿por qué sucede esto? ¿Qué tendencia ha encontrado expresión en el estancamiento estructural? Wolf no tiene ninguna respuesta al respecto, seguramente porque en realidad no dispone de análisis adecuado alguno de lo que distingue a la actual fase del «capitalismo rentista», o como he sugerido, incluso del capitalismo como tal, de lo que vino antes. El «descenso del crecimiento de la productividad es profundo y estructural», «la dinámica de la antigua economía capitalista simplemente ha envejecido», afirma Wolf. La falta de explicaciones, o las frases vacías que pretende pasar por tales, como las ahora mismo mencionadas, abundan en todo el capítulo dedicado al capitalismo rentista, alcanzando su apogeo en el siguiente pasaje:

Así, los problemas subyacentes no han mejorado, sino que han ido empeorando con el paso del tiempo. Están profundamente asentados y reflejan desequilibrios macroeconómicos que son el resultado de la integración económica global, del ascenso de China, de la aparición de una forma globalizada de capitalismo rentista y de los aumentos de la desigualdad de los ingresos.

Estas palabras enmascaran una confusión. ¿De qué «desequilibrios macroeconómicos» habla y por qué son el resultado de la «integración económica»? ¿En qué se diferencia el capitalismo rentista globalizado del no globalizado? ¿Deberíamos centrarnos en la globalización o en el capitalismo rentista (aun si pudiéramos tener claro que significa este último término)? Wolf no dice nada sobre cuáles son los problemas subyacentes profundamente asentados. Además, la declaración parece existir en un extraño mundo en el que existe una «estructura» noumenal sin nombre *sobre* el problema que «refleja»: un kantismo firmemente plantado en su cabeza. ¿Quién puede navegar en esta galería de espejos?

Con la democracia, o más exactamente con la «democracia liberal», nos encontramos con un conjunto diferente de problemas. Wolf la define como un sistema caracterizado por la existencia de «elecciones libres y justas; por la participación activa de la gente, como ciudadanos, en la vida cívica; por la protección de los derechos civiles y humanos de todos los ciudadanos por igual, y por la vigencia del Estado de derecho, que obliga a todos los ciudadanos por igual». Esta es evidentemente una descripción bastante común, especialmente entre politólogos anglófonos. El problema conceptual aquí no es que la noción sea demasiado genérica, sino en realidad que combina una variedad de cosas que o bien tienen poca relación interna o están en activa oposición entre sí. Wolf, como muchos intelectuales liberales, trata de neutralizar estas tensiones elaborando una abstracta lista descriptiva, pero esto no funciona. Pocos defenderían unas elecciones «amañadas e injustas», pero, ¿son las elecciones «libres y justas» intrínsecamente democráticas? Solamente de acuerdo con el dogma que equipara un *método* (las elecciones) con un *objetivo* (el gobierno del pueblo). Desde luego, los griegos asociaban las elecciones con el gobierno oligárquico; solamente el gobierno por sorteo era democrático. ¿Es necesariamente compatible la «libre y activa participación de los ciudadanos en la vida cívica» con el respeto de los derechos y el Estado de derecho? Semejante participación –pensemos en los acontecimientos del 6 de enero de 2021 en Estados Unidos– puede ser tanto libre como activa, pero orientada en contra de la ley y en contra de los derechos. De manera más general, ¿no es el Estado de derecho en tanto que conjunto de principios que «obligan a todos los ciudadanos por igual», una idea bastante antidemocrática? ¿Seguro que el método democrático es un método en el que la gente no está vinculada por uno u otro tipo de tal institución hipostasiada?

La comprensión embrollada de la democracia que Wolf postula como «democracia liberal» genera nuevos problemas cuando intenta especificar sus conexiones con el capitalismo. En primer lugar, afirma que la democracia y el capitalismo se apoyan en «valores subyacentes» que son comunes a ambos, igualdad de estatus y libertad individual. Pero la igualdad de estatus –la condición posfeudal que Tocqueville identificó en la América de la década

de 1830, pero que también contemplaba con sustancial escepticismo— es una categoría sociológica, no un principio, mientras que la libertad individual no es un valor democrático sino liberal. John Stuart Mill era un conocido escéptico sobre la ampliación del sufragio a la clase obrera, precisamente por la amenaza potencial que planteaba para la libertad de los propietarios. Para los gigantes del liberalismo del siglo XIX, el sufragio censitario no era, como Wolf diría, «transparentemente ridículo». En esa tradición se entendía como un medio fundamental para proteger la libertad individual contra la amenaza de los que carecían de propiedades y de la tiranía del dogmatismo religioso. No resulta casual que ningún liberal del siglo XIX hiciera tanto por la causa del sufragio universal como dos personajes tan iliberales como Napoleón III y Bismarck.

Los posteriores argumentos de Wolf sobre la conexión entre el capitalismo y la democracia son débiles por el motivo contrario. Afirma que una determinada combinación de un nivel de vida en ascenso y de la emergencia de la clase trabajadora, ambos causados por el capitalismo, hizo que la gente deseara expresar el deseo por disponer de una «voz». El problema de este argumento es que, si bien durante el siglo XIX se registraron innumerables movimientos en pro de la ampliación de los derechos políticos, de ninguna manera estos eran universalmente partidarios del liberalismo, especialmente allí donde se hallaban más asociados con la estructura capitalista emergente. La idea de que la clase obrera organizada fue una defensora de la democracia liberal es escasamente cierta incluso en el caso británico, donde los representantes de la clase trabajadora fueron realmente incorporados como una rama subalterna del Partido Liberal. Las clases obreras más organizadas —por ejemplo en la Italia de la *belle époque* y en Alemania— pretendían establecer la democracia socialista, concebida como un orden político más allá del liberalismo. En Estados Unidos, al que Wolf describe repetidamente como la democracia más importante del mundo, los trabajadores organizados no han tenido como tales prácticamente ningún impacto sobre el orden político. La fuerza social clave para la expansión democrática en el siglo XIX fue la población agraria (como también sucedió de diferente manera en Francia).

La ambigüedad terminológica y conceptual de Wolf sirve para enmascarar el hecho de que su mayor preocupación no es la suerte de la democracia, sino la defensa de una variedad particular de liberalismo. Esto resulta más evidente en las mínimas reformas que propone; la montaña de la crisis democrática-capitalista pare un ratón. La mayoría de sus prescripciones para «renovar el capitalismo» —promover la inversión, redes de protección social, un saneado Estado del bienestar— ya están en acción, incluyendo revisiones ecológicas y sensibles a la diversidad de la agenda del accionista. «Renovar la democracia» supone un sistema electoral justo, pero Wolf hace hincapié en

«políticos profesionales, conocimientos desinteresados e instituciones independientes». Su aseada Cámara del Mérito es claramente una institución antidemocrática con independencia de cómo comprendamos el término. También resulta sorprendente, desde el punto de vista de la democracia, el abrazo de Wolf del principio de la «subsidiaridad». El autor alaba a un puñado de pequeños países ricos, Dinamarca encabezando por supuesto la lista, por ser capaces de «combinar los beneficios de la *escala global* en las operaciones empresariales con los beneficios de la *pequeña escala* en la política». Pero «la gobernanza también necesita trasladarse hacia arriba, si los Estados tienen que servir a los intereses de sus pueblos». Ciertamente este es uno de los elementos clave de la crisis contemporánea de la democracia, el vaciado desde arriba y desde debajo de lo que Streeck ha denominado los pequeños y medianos Estados-nación europeos como ideal político. En esto Wolf ejemplifica un rasgo común del análisis liberal sobre el momento actual: la aceptación acrítica de las mismas características del orden político que han causado la odiada «reacción populista».

Finalmente, merece la pena detenerse por un momento en el abismo entre las secciones analíticas del libro y su programa de pedagogía para las elites, que se basa en la «sensatez» de los escalones superiores de la sociedad. Al lector se le dice, en primer lugar, que «los problemas son profundos y estructurales», que la fase histórica del Estado del bienestar ha pasado y que el matrimonio del capitalismo y la democracia fue tardío y difícil. Pero la receta política de Wolf postula que las soluciones «no son difíciles» y que el programa debería ser esencialmente una versión modernizada del acuerdo suscrito a mediados del siglo XX. Todavía más extraño resulta que Wolf atribuya en parte la crisis de la democracia a «fracasos y malas conductas de las elites» y que explique Trump y el Brexit como el resultado de «cuarenta años de fracasos de estas». Pero como sería consciente incluso el más superficial lector de Piketty, las «elites» han cosechado un éxito extraordinario durante ese periodo. Admitir este hecho sugeriría una solución política más allá de lecciones de comportamiento cívico para el bloque dominante. Apuntaría a la necesidad de una subjetividad popular, algo que en el universo de Wolf constituye una de las principales amenazas para la «democracia liberal». Al margen de cualquier otra cosa que pueda decirse sobre el periodo actual, la naturaleza política de la distribución del poder social y económico nunca ha sido más evidente. Dejar estas cuestiones en manos de «diseñadores de políticas» y «expertos desinteresados» no representaría el resurgimiento de la democracia, sino por el contrario su derrota.